

cimiento de una monarquía constitucional apoyada por la Europa monárquica podría ser la solución del problema político, idea de que á la sazón participaban la mayor parte de sus contemporáneos con influencia en los negocios públicos. Poseído de una pasión y encerrado en un círculo sin más horizonte que los de sus designios militares, no alcanzaba que el pueblo era orgánicamente republicano, que no podía ser otra cosa, y juzgaba la situación con el criterio de lo que había visto en Europa bajo las formas tradicionales consagradas, y como lo veían casi todos los hombres ilustrados de su tiempo.

La Logia, aislando á los pensadores de las corrientes de la opinión viva, y á los hombres de acción del contacto con la masa popular, daba su primer resultado negativo. Las inteligencias se obliteraban, las conciencias se hacían sordas y las fuerzas no se vivificaban. En tan estrecho teatro no cabían ya sino los comediantes políticos, que creían más en la eficacia de las tramoyas del escenario en que brillaban, que en los resultados del trabajo perseverante subordinado á un plan serio. El hombre de acción no podía ya aceptar tal instrumento, sino como un auxiliar en lo presente y lo futuro. El verdadero genio y el verdadero patriotismo necesitaba campo, aire y luz en que dilatarse, y, obedeciendo á su tendencia expansiva, debía convertirse en fuerza y acción en medio más propicio.

VII

Las sociedades secretas con tendencias políticas, se comprenden y tienen su razón de ser en un pueblo esclavizado: son el único medio con que cuentan los oprimidos para reunirse, organizarse y propagar sus ideas y trabajar con segu-

ridad. Como elemento de acción, algunas veces han precedido á las revoluciones; pero jamás han podido acompañarlas en su desarrollo. Por lo general, ellas no han dado origen sino á conjuraciones abortadas. En los pueblos con vida pública, en que se producen en la masa movimientos orgánicos que obedecen á las leyes del desarrollo social, las asociaciones secretas son impotentes para acelerarlos ó contenerlos. En momentos determinados pueden ejercer una influencia eficaz, ya sea para condensar y dar forma á una idea flotante en una revolución, ya para dar un punto de apoyo á las fuerzas conservadoras en los períodos transitorios de anarquía ó descomposición por que pasan las sociedades agitadas; pero es á condición de dilatarse en las vibraciones del aire y de la luz que penetra todos los cuerpos, vivificando las fuerzas y las ideas. Fuera de estos momentos ó de estas condiciones, las sociedades secretas con tendencias políticas, degeneran al fin en camarillas oscuras, y se extinguen por sí mismas en el vacío. Si su acción se prolonga artificialmente como rueda principal de la máquina gubernativa, ó bien desaparece por algún tiempo el verdadero gobierno activo y responsable, ó bien produce un gobierno que las reduce á la condición de meros instrumentos negativos.

San Martín y Alvear, al salir de la Logia de Cádiz y pasar por la de Londres, venían bajo la impresión de los oprimidos que sólo pueden conspirar en las sombras del misterio. Al llegar á Buenos Aires, se encontraron con una revolución sin pueblo profundamente revolucionado, cuya vida estaba centralizada en la capital; y con partidos embrionarios que sólo agitaban la superficie social. Por espíritu de disciplina el uno, como medio de elevación y de influencia el otro, concibieron la sencillísima idea de trasladar al terreno de la acción las asociaciones secretas en que políticamente se habían educado. Con esta palanca imprimieron desde luego un impulso gradual y metódico al movimiento revolucionario;

pero satisfechas sus más premiosas exigencias, ya no obraron sino sobre sí mismas, y empezaron á descomponerse dentro de su propio organismo.

Convocada bajo sus auspicios la Asamblea General Constituyente, formuladas en leyes memorables las grandes aspiraciones de la época, y robustecido el gobierno por este nuevo contingente de fuerzas morales derivadas de una opinión activa, la prolongación de la influencia irresponsable y secreta de la Logia no podía menos que debilitar las fuerzas de las instituciones, conspirando contra su propia obra. Agréguese á esto, que su composición no era homogénea, que en ella entraban dos elementos repulsivos, y se comprenderá que su descomposición debía necesariamente producirse así que se debilitara la primera impulsión colectiva que la había puesto en movimiento.

Desde muy temprano empezaron á diseñarse en la Logia las dos tendencias que debían trabajarla. En la primera época prevaleció en toda su pureza la idea revolucionaria, con tendencias declaradas hacia la independencia y la democracia. En la segunda, se destacó de relieve en ella un partido personal que germinó en su seno como un parásito, y que al fin la absorbió por entero. Era el partido que se llamó más tarde alvearista, el mismo que secretamente preparó la elevación de su jefe, lo exaltó al poder y cayó con él, disolviéndose al mismo tiempo como partido y como sociedad secreta. Este partido no volvió á levantarse jamás, porque no entrañaba en su seno ningún principio político ni social. La Logia volvió á renacer más tarde bajo forma más compacta y con otras tendencias menos egoístas, según se verá después.

El sueño de Alvear era la gloria militar y la dictadura. La revolución era para él una aventura brillante que halagaba su juvenil ambición. Al cambiar sus adioses en Europa, Alvear y Carrera se habían prometido ser los árbitros de sus respectivos países. Carrera en aquel momento (mayo de 1813

era el dictador de un pueblo, el general que mandaba ejércitos y daba batallas. Este era por el momento su ideal y su modelo (27). Tenía, sin embargo, bastante sentido práctico para comprender que el teatro de operaciones de uno y otro era distinto. En Chile, un motín militar encabezado por un hombre audaz, podía improvisar un dictador, apoyado en un ejército revolucionario. Era que allí faltaba el contrapeso de un poderoso partido político con fuerzas morales y materiales, ó de un pueblo verdaderamente revolucionado, que fuesen condiciones indispensables de gobierno, aun para una dictadura de hecho. En las Provincias Unidas, donde las fuerzas morales y materiales del país concurrían á la revolución, — activas las unas y latentes las otras, — la dictadura colectiva de un gobierno, el dominio absoluto de una asamblea política, y aun el predominio de una camarilla, era posible; pero no la improvisación de una dictadura personal. La Logia gobernaba al gobierno, y con mayoría incontestable en la Asamblea, aspiraba á centralizar en sus manos todo el poder militar de la revolución. Belgrano, coronado de los laureles de Tucumán y Salta, se había afiliado en ella. San Martín y Alvear eran sus generales en perspectiva.

Todo hace creer que San Martín no abrigaba entonces ninguna ambición política, aun cuando contara con un verdadero partido en la Logia, y tuviese en el Triunvirato mayor influencia que Alvear. Sus actos posteriores y su vida entera prueban que sólo tuvo la ambición de sus grandes designios militares, que por otra parte fueron siempre impersonales. Quería campo en que combatir, y quería á todo trance desligarse de las intrigas de los partidos domésticos, de los que nada esperaba ya para la causa general, y eran antipáticos á

(27) Conversaciones con don Santiago Vázquez, amigo, partidario y confidente de Alvear. El general don Tomás de Iriarte, igualmente amigo y partidario de Alvear, puede atestiguar como presente.

su carácter. Aun conociendo su modo de pensar, de que no hacía misterio, la Logia se había fijado en él al principio para darle el mando del ejército sitiador de Montevideo; pero desistióse de ello por consideraciones políticas (28). En cuanto á Alvear, fluctuaba antes de decidirse. Con mayoría en la Logia, presidente de la Asamblea, jefe del batallón más numeroso de la guarnición, celoso de San Martín (de quien empero no se había separado ostensiblemente), la gloria militar le sonreía de lejos; pero la influencia inmediata le atraía irresistiblemente, y se dejaba arrastrar por su corriente. Grandes desastres para la causa de la revolución vinieron á definir la situación respectiva de estos dos personajes, y á determinar los rumbos históricos de cada uno de ellos.

VIII

El ejército del norte, vencedor en Tucumán y Salta, había invadido por segunda vez el Alto Perú (junio de 1813), bajo las órdenes del General Belgrano. Seis meses después retrocedía por segunda vez á sus antiguas posiciones. Completamente derrotada en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma (1.º de octubre y 14 de noviembre de 1813), la revolución volvía á ponerse á la defensiva, con su tesoro agotado, y todos sus esfuerzos concentrados sobre Montevideo, cuya posesión era cuestión de vida ó muerte. La noticia del último de estos desastres llegó á Buenos Aires en los últimos días del mes de noviembre. El General Belgrano, en retirada con las reliquias de su ejército, llegaba á Jujuy al finalizar el año XIII, comenzado bajo tan gloriosos auspicios. Pocos días

(28) « Gaceta de Montevideo » de 1812: Núm. 66, p. 668.

después, se hallaba al frente de una fuerza colecticia de 1,800 hombres, suficientes para atestiguar el espíritu patriótico de las poblaciones; pero impotente para contener los progresos del enemigo triunfante. Belgrano, enfermo de cuerpo y espíritu, pedía ser relevado en su mando.

Las Provincias Unidas no contaban por entonces con ningún general que descollase por su genio militar. Don Antonio González Balcarce, noble carácter y buen soldado práctico, que había dado á la revolución su primer victoria en Suipacha, estaba oscurecido por la derrota del Desaguadero, cuya responsabilidad pesaba militarmente sobre él. Su hermano don Marcos Balcarce, jefe entendido, militaba á la sazón en Chile al frente de los Auxiliares Argentinos, y sólo por accidente figuró más tarde en primera línea en medio de la guerra civil. Don José Rondeau, ilustrado por su reciente victoria del Cerrito (primera y última de su carrera), aunque oficial de buena escuela, no tenía las cualidades del mando en jefe. Belgrano, el vencedor de Tucumán y Salta, bien que dotado de altas cualidades, carecía de los conocimientos técnicos y de la inspiración de la guerra, como lo había mostrado en su última campaña, pero era el mejor de los generales probados (29). Entre los jefes de división, que figuraban en segunda línea, aun cuando los hubiese de gran mérito, no se diseñaba ninguno todavía á quien pudiera confiarse el mando de un ejército.

La revolución que hasta entonces había luchado con mediocres generales enemigos y con tropas mal organizadas, empezaba á encontrar frente á sí jefes entendidos y ejércitos disciplinados, que no podían contrarrestarse en una campaña

(29) El General Paz, juez competente, dice en sus « Memorias » que Belgrano era el mejor general que tenía entonces la República Argentina. San Martín, juez más competente aún, decía lo mismo tres años después como se verá más adelante.

regular sino con mejores generales y mejores soldados. El éxito de las batallas ya no estaba librado al acaso, ni podía depender del entusiasmo. La disciplina, la táctica, la estrategia, la calidad de las armas y la inteligencia superior del general, serían en adelante condiciones indispensables de todo triunfo militar de la revolución en toda campaña ofensiva en que sus ejércitos tuviesen que alejarse de su base de operaciones. Estas condiciones faltaban, y el general predestinado de la revolución aun no había aparecido. En tal situación el gobierno volvió sus ojos á los dos generales de la Logia.

Alvear que no tenía por entonces ninguna idea fija en el orden militar, se presentó desde luego como candidato para mandar el ejército del norte, al cual había sido destinado anteriormente en rango inferior (30). San Martín, que consideraba de mayor importancia la empresa sobre Montevideo, y que comprendía que nada decisivo podría intentarse mientras ella no se llevara á buen término, le cedió de buen grado la precedencia y el honor, y en tal sentido escribió á Belgrano recomendándolo (31). Pero Alvear fluctuante siempre, y temeroso de abandonar el teatro de la política en que brillaba como protagonista, volvió sobre sus pasos indicando á San Martín para ocupar su puesto.

(30) En el Archivo General de Guerra, existe el borrador de una nota dirigida al Gobernador Intendente de Salta, que lo era don Feliciano Chiclana, en que se dice con fecha 6 de noviembre de 1813: — «Muy próximamente debe salir de esta capital con destino al Alto Perú una expedición de tropas selectas al mando del Coronel don Carlos Alvear.» (M. S.)

(31) En carta de 3 de diciembre de 1813 datada en Humahuaca, que original tenemos á la vista, decía Belgrano á San Martín: — «He celebrado que venga el Coronel Alvear, y más ahora que me confirma la noticia que tengo de sus buenas cualidades: mucha falta me han hecho los buenos jefes de división, porque el General no puede estar en todas partes... He ahí el origen de la pérdida de la última acción, que vuelvo á decir ha sido terrible, y nos ha puesto en condiciones muy críticas. Somos militares nuevos con los resabios de la fatuidad española.» M. S.

San Martín estaba decidido á abandonar para siempre el terreno de la política, en que sólo por accidente había entrado. Mejor encaminada ya la revolución en el sentido de las operaciones militares que meditaba, aceptó después de alguna trepidación el mando con que se le brindaba, y cedió por entero á su competidor el campo de la Logia. En consecuencia, fué nombrado jefe de una expedición que debía marchar en auxilio del Ejército del Norte, con instrucciones para asumir el mando en jefe cuando lo creyese conveniente. La expedición se compuso del modo siguiente: el batallón núm. 7 de infantería, fuerte de 700 plazas, al mando del teniente coronel don Toribio Luzuriaga, dos escuadrones de Granaderos á caballo con 250 plazas y 100 artilleros (32). Esta pequeña columna llegó á Tucumán antes de terminar el año XIII, y poco después San Martín y Belgrano se encontraban y se abrazaban en Yatasto (camino de Salta á Tucumán), jurándose una amistad que no se desmintió jamás.

IX

Hemos hecho en otra ocasión el paralelo entre San Martín y Belgrano, al estudiar sus relaciones recíprocas en presencia de documentos desconocidos y establecer los contrastes y analogías de estos grandes hombres de la revolución argentina, fundadores de las dos grandes escuelas militares cuya influencia se ha prolongado en sus discípulos por más de dos generaciones (33). No volveremos sobre este punto. Nos limitare-

(32) Decreto del Gobierno de 3 de diciembre de 1813. — Oficio del mismo al Jefe de Estado Mayor de 13 de diciembre de 1813. — (M. SS. del Archivo General de Guerra — 1813.)

(33) Véase «Historia de Belgrano,» t. II, p. 281 á 285.

mos por ahora, á complementar este cuadro con nuevos detalles, que consideramos dignos de la historia, para tomar después el hilo de la narración.

San Martín y Belgrano no se conocían personalmente antes de encontrarse en Yatasto. Desde algún tiempo atrás se había establecido entre ellos una correspondencia epistolar, por intermedio del español liberal don José Mila de la Roca, amigo de uno y de otro y secretario de Belgrano en la expedición al Paraguay. Ambos se habían abierto su alma en esta correspondencia, y simpatizaron antes de verse por la primera vez. Al abrir Belgrano su campaña sobre el Alto Perú, San Martín redactó para él unos cuadernos sobre materia militar, extractando las opiniones de los maestros de la guerra, y dióle sus consejos sobre las mejoras que convenía introducir en la organización de las diversas armas, especialmente en la caballería, condenando el uso de los fuegos en ella, según los preceptos de la escuela moderna. Belgrano, en marcha para el campo de Vilcapugio, y cuando se lisonjeaba con una victoria inmediata, le contestaba modestamente: — « Ay! » amigo mío, y qué concepto se ha formado V. de mí? Por » casualidad, ó mejor diré, porque Dios ha querido, me hallo » de General sin saber en qué esfera estoy: no ha sido esta » mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio desem- » peñarme, y cada día veo más y más las dificultades de » cumplir con esta terrible obligación. » — Refiriéndose á sus consejos agregaba: — « Creo á Guibert el maestro » único de la táctica, y sin embargo, convengo con V. en » cuanto á la caballería, respecto de la espada y lanza. » — Y con relación al trabajo de San Martín, terminaba diciendo: — « Me privo del 2.º cuaderno, de que V. me » habla: la abeja que pica en buenas flores proporciona una » rica miel; ojalá que nuestros paisanos se dedicasen á » otro tanto y nos diesen un producto tan excelente como » el que me prometo del trabajo de V., pues el principio

» que ví en el correo anterior, relativo á la caballería, me » llenó » (34).

Después de Ayohuma, San Martín le escribía confortándolo en su infortunio y anunciándole el próximo refuerzo que, según lo acordado, debía conducir Alvear, y él contestaba: — « He sido completamente batido en las pampas de » Ayohuma, cuando más creía conseguir la victoria; pero » hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes, » y nada me arredrará para servir, aunque sea en clase » de soldado por la libertad é independencia de la patria. — » Somos todos militares nuevos con los resabios de la fatui- » dad española, y todo se encuentra menos la aplicación y » constancia para saberse desempeñar. Puede que estos gol- » pes nos hagan abrir los ojos, y viendo los peligros más de » cerca tratemos de hacer otros esfuerzos que son dados á » hombres que pueden y deben llamarse tales » (35).

Al saber que era el mismo San Martín el que marchaba en su auxilio, le escribió lleno de efusión: — « No sé decir á V. » cuánto me alegró de la disposición del Gobierno para que » venga de jefe del auxilio con que se trata de rehacer este » ejército; ¡ojalá que haga otra cosa más que le pido, para » que mi gusto sea mayor, si puede serlo! — Vuele, si es » posible; la patria necesita de que se hagan esfuerzos singu- » lares, y no dudo que V. los ejecute según mis deseos, y yo » pueda respirar con alguna confianza, y salir de los graves » cuidados que me agitan incesantemente. — No tendré » satisfacción mayor que el día que logre estrecharle entre » mis brazos, y hacerle ver lo que aprecio el mérito y la hon-

(34) Extracto de carta de Belgrano á San Martín en Lagunillas (Alto Perú) el 25 de setiembre de 1813, es decir seis días antes de Vilcapugio (M. S. autógrafo).

(35) Carta del mismo al mismo en Humahuaca á 18 de diciembre de 1813 (M. S. autógrafo).

» radez de los buenos patriotas como V.» (36). Cuando San Martín se acercaba, le escribe su última carta desde Jujuy, diciéndole: — « Mi corazón toma aliento cada instante que
 » pienso que V. se me acerca, porque estoy firmemente per-
 » suadido de que con V. se salvará la patria, y podrá el ejército
 » tomar un diferente aspecto. — Empéñese V. en volar, si le es
 » posible, con el auxilio, y en venir no sólo como amigo, sino
 » como maestro mío, mi compañero y mi jefe si quiere, per-
 » suadido que le hablo con mi corazón, como lo comprobará
 » la experiencia » (37).

Animados de estos generosos sentimientos, se dieron por la primera vez en Yatasto el abrazo histórico de hermanos de armas, el vencedor de Tucumán y Salta recientemente derrotado en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, y el futuro vencedor de Chacabuco y Maipú, libertador de Chile y el Perú, que por entonces sólo podía ostentar el modesto laurel de San Lorenzo.

San Martín se presentó á Belgrano pidiéndole órdenes como su subordinado. Belgrano le recibió como al salvador, al maestro, y debió ver en él un sucesor. Empero, á aquel le repugnaba asumir el mando en jefe, humillando á un general ilustre en la desgracia y ni aún quiso ocupar el puesto de Mayor General para que había sido nombrado ostensiblemente, lastimando á los jefes fundadores de aquel glorioso y desgraciado ejército, y así lo manifestó al gobierno. El gobierno, empero, que consideraba una necesidad militar la remoción de Belgrano, y el mando en jefe de San Martín una conveniencia pública, significó á éste por el órgano de uno de sus miembros: — « No estoy por la opinión que manifiesta

(36) Carta, Humahuaca, 17 de diciembre de 1813 (M. S. autógrafo).

(37) Carta de 26 de diciembre de 1813. (M. S. autógrafo.) Véase la correspondencia de Belgrano con San Martín durante el año de 1813 á 1814, que se inserta íntegra en el Apéndice. (M. S.)

» en su carta del 22 (de diciembre), en orden al disgusto que
 » ocasionaría en el esqueleto del ejército del Perú su nom-
 » bramiento de Mayor General. Tenemos el mayor disgusto
 » por el empeño de V. en no tomar el mando en jefe, y
 » crea que nos compromete mucho la conservación de Bel-
 » grano » (38).

San Martín asumió al fin el mando en jefe del ejército por orden expresa del gobierno (39). Belgrano se puso á sus órdenes en calidad de simple jefe de regimiento, y dió el primero el ejemplo de ir á recibir humildemente las lecciones de táctica y disciplina que dictaba el nuevo general. Desde este día, estos dos grandes hombres que habían simpatizado sin conocerse, que se habían prometido amistad al verse por la primera vez, se profesaron una eterna y mutua admiración. Belgrano murió creyendo que San Martín era el genio tutelar de la América del Sud. San Martín en todos los tiempos, y hasta sus últimos días, honró la memoria de su ilustre amigo como una de las glorias más puras del nuevo mundo (40).

(38) Carta de don Nicolás Rodríguez Peña (miembro del Triunvirato) á San Martín, de 27 de diciembre de 1813, en Buenos Aires. (M. S. autógrafo del Archivo de San Martín.)

(39) Según el Libro de Órdenes Generales del Ejército del Perú, que tenemos á la vista, San Martín fué dado á reconocer en tal carácter por Belgrano el 29 de enero de 1814, siendo la primer orden del día que aparece firmada por San Martín la de 30 del mismo. (M. S.)

(40) Consta de la correspondencia confidencial de uno y otro. — San Martín en carta que escribía á un amigo desde Mendoza el 12 de marzo de 1816 decía: « Es el caso de nombrar quién debe reemplazar á Ron-
 » deau: yo me decido por Belgrano. Este es el más metódico de los que
 » conozco en América: lleno de integridad y talento natural. No tendrá
 » los conocimientos de un Moreau ó de un Bonaparte en punto á mili-
 » licia; pero créame que es lo mejor que tenemos en la América del Sud.» (M. S. autógrafo.) — Belgrano con fecha 26 de setiembre de 1818 desde Tucumán escribía al mismo San Martín: « Yo opino que en V. debe verificarse lo del Cid, que aun después de muerto, su cadáver valía por una victoria. » (M. S. autógrafo). Las cartas autógrafas de que extractamos estos párrafos existen en nuestro archivo.